



Se suponía que esto ya había terminado.
Se había asegurado de ello, joder.

Había quemado los puentes, cortado los hilos, lanzado la cerilla y se había largado como siempre hacía. Era lo único que se le daba bien.

Pero entonces llegó el silencio.

De la clase que se te mete en los huesos cuando nadie mira y te dice la verdad que llevas toda la vida intentando no escuchar.

Satanás... le echaba tanto de menos.

Le echaba de menos como un puñal a su herida. Y lo odiaba. Odiaba cómo su mente lo arrastraba una y otra vez de vuelta a ese escenario, a esa voz, a esos ojos —los mismos que le habían mentido a la cara y que, aún así, hacían que el pecho le ardiera cada vez que se perdía en ellos.

El teatro a su alrededor se desdibujaba. No podía ver. No podía pensar. Solo sentía el eco de la voz de Stolas llamándole, su rostro partiéndose en mil pedazos mientras Blitzø se daba la vuelta.

Esa expresión iba a perseguirle el resto de su vida.

Y entonces la oyó.

Una melodía suave. Frágil. Apenas un hilo de nota, rompiéndose antes siquiera de llenar el aire.

“Pase lo que pase...”

Blitzø se quedó congelado. El aliento se le atascó entre un jadeo y una maldición. El estómago se le fue al suelo y el mundo dio un vuelco de pronto.

No.

No. No no no no—

Porque eso no era solo una canción.

Y ese maldito pájaro seguía ahí arriba, cantando como si significara algo. Como si *Blitzø* aún significase algo para él.

Sus botas chirriaron contra la madera al girarse lentamente y mirar de nuevo al escenario. Conocía esas palabras. Conocía esa melodía.

Pase lo que pase. Venga lo que venga. Siempre te amaré.

Stolas la cantaba como si fuera lo único que le quedaba dentro, las palabras arrancadas desde muy hondo.

Y Blitzø solo pudo quedarse ahí, conteniendo la respiración, mirándole.

¿Cómo he podido ser tan jodidamente idiota?

Después de todo lo que habían pasado —las promesas, los corazones rotos, las noches en brazos del otro, susurrándose verdades demasiado frágiles para decir a plena luz del día— aún así había dejado que la mentira ganara. La que decía que no era suficiente. Que no le quería.

Aunque Stolas le había abrazado en la oscuridad y le había dicho que él era mucho más que sus cicatrices.

Había dejado que el miedo ganase. Que esa voz amarga y rota en su cabeza le dijera *te está usando, como todos los demás*, porque era más fácil que creer que Stolas hablaba en serio.

Y se había marchado. Otra vez.

Aunque la respuesta siempre había estado ahí. En sus manos, en su beso, en la forma en que le miraba desde el escenario. Y Blitzø lo había echado a perder.

No recordaba haber tomado la decisión de moverse. Solo que sus pies lo llevaban hacia delante de pronto. Rápido. De vuelta al escenario, ignorando las miradas confusas del público, de Asmodeus, de Fizz.

Pero le daba absolutamente igual.

Porque Stolas seguía ahí arriba. Solo bajo los focos, alto e imposiblemente hermoso, como si una estrella hubiera descendido a iluminarlo. Cantaba como si algo dentro de él se estuviera rompiendo y liberando a la vez, cada palabra abriendo su pecho de par en par, mostrándole el alma. Solo a él.

Cruzó la sala sin pensar. Subió por el lateral del escenario como un idiota —casi se cayó de espaldas al escalar a la baranda.

Necesitaba llegar hasta él.

Tiró de Stolas hacia sí, y sus frentes se rozaron, como por accidente. Las manos de Blitzø encontraron la nuca del búho, torpes y temblorosas, sujetándolo como algo frágil y ardiente al mismo tiempo. Le mantuvo cerca, lo suficiente para sentir su aliento, para captar cada palabra de la canción que aún brotaba de sus labios. La voz de Stolas titubeó, pero no paró. No hasta que la última nota salió en un suspiro, rota y cruda.

El silencio les envolvió, espeso e infinito.

Stolas abrió la boca, los ojos brillando con las lágrimas que se le habían acumulado en el párpado inferior.

“Blitzø... “ susurró, la voz hecha trizas. “Lo siento, yo— “

Pero Blitzø negó con la cabeza.

“No “ logró decir, con la voz áspera. “No, no hagas eso. “ Le ardía la garganta. No podía mirarle a los ojos. “Tú... tú lo decías en serio, ¿verdad? Antes. Antes de que todo se fuese a la mierda. “ Soltó el aire en una risa amarga, las palabras tropezando. “Pensé que me estabas tomando el pelo. Que todo era una broma pesada y yo era el único que no captaba el chiste “ Tragó saliva con fuerza. “Lo siento por huir, es lo único que sé hacer. Te dije cosas que no sentía. Y te dejé solo. “ La voz se le quebró. “Soy un puto imbécil. “

“Shh... Está bien, mi amor “ susurró Stolas, alzando una mano para acariciar su mejilla, atrapando una lágrima con el pulgar.

El corazón de Blitzø se hundió. Ya no le importaba quién miraba. Podía pararse el mundo si quería.

Su boca se fundió con la de Stolas, las manos temblando contra su cuello, como si creyera que si le sujetaba lo bastante fuerte, esta vez no se le escaparía. Stolas le devolvió el beso, sus manos en su rostro, acariciando lascividades. Y por un segundo perfecto, pareció que todo podría mantenerse en pie.

Hasta que un grito rompió el silencio.

Stolas soltó el aliento, todo su cuerpo tensándose bajo las manos de Blitzø.

“¿Qué—? “

Blitzø se giró.

Había una figura al borde del foso.

Una arpía alta, emperifollada, una Goetia con más plumas que clase, plantada allí como si el teatro fuese suyo. Su capa ondeaba con dramatismo, su cara torcida en una mueca como si se le hubiera muerto la dignidad dentro de la falda.

Blitzø no la conocía, pero no le costó adivinar quien era.

Stella. La puta ex-esposa de Stolas.

Pero todo eso quedó en un segundo plano cuando se dio cuenta de que tenía una pistola angelical apuntando directamente al pecho de Stolas.

El público jadeó, las sillas chirriaron, alguien gritó que llamasen a seguridad, pero Blitzø solo oía el pitido agudo en sus oídos, el sonido de su sangre rugiendo. Ella alzó el arma más.

“¡No voy a dejar que nos humilles más! “ chilló. “¡Debí hacerlo hace años! ¡Eres una vergüenza de demonio! “

Blitzø apenas tuvo tiempo de procesar lo que estaba ocurriendo antes de que el instinto se adueñara de él. Se lanzó para cubrir a Stolas, brazos abiertos, cada nervio en llamas—

Pero no llegó a tiempo.

Una ráfaga de energía le golpeó como un puñetazo en el pecho. Cayó hacia atrás, absorbido por un destello mágico. El mundo giró, y se estampó contra el suelo unos metros más allá, de espaldas. Trató de moverse, de entender qué narices había pasado.

“¿¡Qué... coño...?! “

Un sonido flotó en el aire, un ulular suave cargado de dolor. Levantó la vista y todo se detuvo.

No.

Stolas estaba en el suelo. La sangre brotaba. Se abría bajo él, empapando las plumas y la tela de su traje. El charco se ensanchaba por momentos. Rápido. *Demasiado rápido.*

No no no NO—

“¡STOLAS! “

Sus rodillas chocaron contra el suelo al abalanzarse hacia él, deslizándose los últimos metros. Le alcanzó en segundos, abrazándolo como si pudiera retener la vida que se le escapaba si le estrechaba con más fuerza.

“Ey, no, no, no, pajarito, por favor, mírame “ suplicó, la voz destrozada. “Estoy aquí. No te vayas, no ahora, joder... “

Stolas parpadeó con dificultad. Le costaba enfocar. Una sonrisa tenue se dibujó en su pico. Levantó la mano, acariciando la mejilla de Blitzø como había hecho tantas veces.

“Estás llorando“ dijo en un susurro tan débil que Blitzø tuvo que inclinarse para escucharlo. “Nunca te había visto llorar... “

Blitzø soltó un ruido —algo roto, salido de lo más hondo, a medias entre un sollozo y el gañido de un animal herido.

“¿Sí? Pues enhorabuena. Ya lo has visto. “ Apretó su mano contra su rostro, aferrándose “Me la has jugado ahí fuera, ¿eh? Pensé que no podías usar magia “ tragó saliva. “Pensé que ya no te quedaba... “

“La estaba guardando... por si acaso. Pensé que era un buen momento... “

Blitzø soltó una risa débil, abrazándolo más. La cabeza de Stolas reposó en su pecho. Presionó su abdomen intentando contener la sangre que manaba lenta, pero se le escurría entre los dedos.

“No hables, ¿vale? Guarda fuerzas. Voy a por ayuda “ miró a su alrededor.

Caos.

El teatro se había convertido en un infierno. Siluetas corriendo como sombras, sillas volcadas, tacones resbalando entre sangre y humo. Parecían estar en medio de una pesadilla —alarmas, gritos, sirenas aullando como si lloraran con él.

Y luego vino el humo. Espeso. Negro. Asfixiante.

“¡Fizz! “ gritó Blitzø, desesperado. “¡Fizz, joder, alguien que me ayude! “

Pero fue inútil. Su voz se ahogó entre el estruendo. Nadie miró. Nadie paró.

Estaba solo. Arrodillado sobre un escenario en llamas, con la persona al que amaba desangrándose en sus brazos. Y nada más que fuego y ruido a su alrededor.

Los ojos de Stolas se abrieron una vez más. Sus labios se movían.

“Blitzø... “tosió. Sangre oscura le manchó la comisura. El mundo de Blitzø se paralizó. “Tengo... tanto que decirte— “

“No. “ Negó con fuerza. “No. Cállate. Guardatelo. Me lo dices luego, ¿vale? Vas a estar bien. Tienes que estar bien. Solo... aguanta... “

Pero la respiración de Stolas se quebró. Sus ojos se apagaron poco a poco, mientras su pecho sé elevaba con dificultad una vez más antes de detenerse por completo

Blitzø no se movió.

No parpadeó.

Lo sintió —el momento exacto en que la calidez comenzó a abandonar su cuerpo. La mano temblorosa que le acariciaba la mejilla... cayó. Y todo quedó en silencio.

“No. “ una sílaba rota. Lo dijo otra vez. Más alto. “No. “

Pero Stolas no se movió.

Y entonces, el fuego los envolvió por completo. Las cortinas se desplomaron ardiendo mientras el decorado se derrumbaba a su alrededor.. El decorado derrumbándose. El techo crujió, casi con un sonido animal, como si el teatro también estuviera muriendo.

Pero Blitzø no podía dejar de mirar a Solas.

Se abrazó a su torso, enterrando enterró el rostro en su cuello y se quedó allí, aislado del resto del mundo mientras todo ardía a su alrededor.

